

ESPAÑA:

El sí del Caudillo

Mientras los tripulantes de la Apolo 11 emprendían su viaje hacia el Nuevo Mundo, Franco comenzó la cuenta regresiva para restaurar la dinastía borbónica en el trono de Fernando VII. En la calurosa mañana del miércoles pasado, el anciano Caudillo notificó al presidente del Parlamento su determinación de dirigir, el martes 22, un mensaje relativo a su sucesión.

Casi al mismo tiempo, poco antes del mediodía, Don Juan de Borbón, Conde de Barcelona, jefe de la Casa Real Española, recibía en su floreada Villa Giralda —en la playa portuguesa de Estoril, donde vive expatriado desde hace un cuarto de siglo— a un emisario que le entregó una carta. Franco le informaba brevemente que había decidido nombrar como sucesor al Príncipe Juan Carlos, de acuerdo al mecanismo legal que fabricara en 1947, cuando convirtió a España en un Reino. No fue una buena nueva.

En el Palacio de la Zarzuela, en el barrio residencial madrileño de Puerta de Hierro, el Príncipe telefoneó a Estoril. "¡Hola, papá!, te habla Juanito", comenzó con voz contenida por la emoción. Entre las razones que expuso para suavizar el mal trago —rompía la continuidad dinástica al soslayar del Trono a su padre— figuraron, quizás, algunas de las que esgrimiera en unas difundidas declaraciones hechas hace seis meses: "Es lógico que los más fieles mantenedores de los principios dinásticos acepten algún sacrificio en sus aspiraciones. La satisfacción de ver recuperada la institución monárquica no es poco para justificar una cierta flexibilidad. Pensar en el simple juego de un derecho sería anacrónico y poco realista", detalló, persuasivo.

Cuando terminó la conversación telefónica, Don Juan se retiró silencioso ante la mirada apesadumbrada de los miembros de su consejo privado —encabezados por el ex diplomático, Conde



AP

Franco: Una maniobra paciente.

Motrico—, que llevaban dos días reunidos en Villa Giralda. Al heredero de Alfonso XIII, el último Rey de España, sólo le quedaba abdicar en favor de su hijo: el sacrificio que le exigían, apremiantes, Franco y el Príncipe. No tenía sino cuatro días de plazo para adoptar una decisión a la que siempre se había resistido. "No se instaurará un Rey sin respetar la legítima continuidad dinástica; de lo contrario, la monarquía nacería muerta", dijo a Primera Plana en una entrevista hace tres años (Nº 171).

Los españoles, que venían pensando con creciente zozobra en el futuro político del país, acogieron la esperada noticia con una frialdad rayana en la indiferencia. Los diarios, siguiendo instrucciones muy estrictas, se limitaron a publicar el texto del artículo 6º de la Constitución, aprobada hace dos años en forma plebiscitaria: "En cualquier momento el Jefe de Estado podrá proponer a las Cortes la persona que estime deba ser llamada en su día para sucederle, a título de Rey o de Regente".

Una cara conocida

El nombre del continuador no fue mencionado, pero los españoles, acostumbrados a treinta años de hermetismo informativo, entendieron que se trataba del Príncipe Juan Carlos, cuya figura, cara redonda y escasos cabellos rubios, les era conocida porque lleva dos décadas viviendo entre ellos.

Nacido en la Roma mussoliniana en 1938, diez años después el Caudillo y su padre decidieron, en el primero de sus encuentros políticos, que debía educarse en España. Sus profesores y maestros le dieron la rigurosa ortodoxia católica de los miembros del Opus Dei, que desde entonces ha velado por cada uno de sus pasos. En 1954, en una segunda reunión, Franco y Don Juan acordaron que recibiera la formación militar propia de los Príncipes de antaño. El joven Juan Carlos recorrió las escuelas de Zaragoza, Toledo, Marín y Albacete y, un lustro más tarde, se le entregaban los diplomas de teniente de Infantería y de Aeronáutica y de alférez de navío.

Siguió entonces un año de estudios civiles, decididos en la tercera y última de las audiencias políticas mantenidas por Franco y Don Juan, y poco después se anunciaba oficialmente su noviazgo con la Princesa Sofía de Grecia. Los Príncipes se habían conocido en 1954, cuando al término de la enseñanza secundaria él fue invitado por la previsora Reina Federica de Grecia a compartir un viaje de placer por las islas del Egeo, en el crucero real Agamenon.

La boda se celebró en la Catedral ateniense de San Dionisio, en mayo de 1962. El joven matrimonio se instaló en el Palacio de la Zarzuela, restaurado por orden de Franco y situado muy cerca de la residencia del Caudillo. La primera de las hijas—Elena— nació al año siguiente; la segunda, Cristina, tardó tres años; el tercero, Felipe, vino al mundo en 1968. Doña Victoria Eugenia de Battem-

berg consintió en volver a España—cuyo suelo no pisaba desde la instauración de la República, en abril de 1931— para fotografiarse con su bisnieto, el Infante Felipe, en brazos, y, sobre todo, para rendir públicamente un homenaje de sumisión ante su hijo, Don Juan, al que Alfonso XIII nombró heredero poco antes de morir. Fue una fiesta familiar aprovechada por los partidarios de Don Juan para vitorear a su Rey por las calles de Madrid: unas cinco mil personas se congregaron en el Aeropuerto de Barajas para despedir a las augustas personas. Hacía muchos años que no se registraba una manifestación monárquica de proporciones semejantes.

Sin anécdotas, fueron transeuriendo los más recientes años del Príncipe. Algunas veces se autorizó que se publicaran fotografías en las que aparecía tripulando un *snipe* o practicando el judo con su cuñado, el Rey Constantino de Grecia. Cinturón negro, acumuló la semana pasada a sus títulos el de piloto de helicópteros. Mientras tanto, visitaba fábricas, hospitales, asilos, departamentos públicos, y esperaba. Al Príncipe Juan Carlos,

que nombrara en vida un Delfín. "La restauración de la monarquía sólo será posible traída de la mano de Franco", comentó Emilio Romero, director del diario sindicalista *Pueblo*.

El proceso comenzaba a fines del año pasado, cuando los más influyentes consejeros de Franco y el Príncipe pusieron en marcha la "Operación Salomé" para cortar la cabeza de Don Juan. La expulsión, al extinguirse diciembre, del pretendiente Carlos Hugo y los restantes miembros de la dinastía carlista, fue otro paso para despejar el camino al Príncipe. Juan Carlos pisó unos días más tarde los umbrales de la sucesión al declarar que acataba las leyes e instituciones del Movimiento Nacional, una actitud que siempre se ha negado a asumir su padre, el liberal Don Juan.

El "estado de excepción", proclamado en enero pasado, fue una imposición del sector "ultra" de las Fuerzas Armadas, inquieto ante la inminencia del nombramiento de un Rey en lugar de un Regente, con el que ellos creen posible la realización de una política Pueblo-Ejército.

El forcejeo concluyó pronto. Al cabo



Associated Press

Don Juan, María Eugenia, Princesa Sofía y Don Juan Carlos: Volver.

durante mucho tiempo, no se le podía atribuir otra cosa que futuro, porque es lo que ha de venir aunque de un modo incierto.

En Estoril, su padre, el Conde de Barcelona, dijo a Primera Plana: "El Príncipe es mi enlace con Franco y el de la dinastía en España". Eran las épocas en que Juan Carlos aún repetía: "Mi padre es el único titular de los derechos dinásticos".

Operación Salomé

El tiempo y los consejeros fueron dando a esa opinión la flexibilidad necesaria para aceptar los sacrificios que impone el ser al país en el puesto que sea más útil, incluido el de Rey. Los asesores—algunos de ellos comunes— insistieron también ante el anciano Franco en la necesidad de

de dos meses, el almirante Luis Carrero Blanco, Vicepresidente del Gobierno y su principal asesor, el profesor Laureano López Rodó, Ministro del Plan de Desarrollo, salieron fortalecidos. La designación del Príncipe les abrirá el camino para la constitución de un llamado "Gabinete homogéneo", que reclaman desde antiguo y que significará la eliminación de los falangistas y "nasseristas".

"Exigiremos el voto secreto cuando se nos proponga sucesor." "No queremos ser responsables ante la historia de lo que va a pasar", gritaba en la sede de los sindicatos un grupo de Diputados falangistas. Pero ni siquiera se les dará esa oportunidad, porque el sucesor será ungido el próximo martes 22 por aclamación, hasta que enronquezan las gargantas de los Diputados, gritando: "¡Franco, Franco!" ♦